Falleció Milagrosa, cocinera de la casa parroquial de Gáldar

Julio Sánchez

El pasado 7 de abril falleció Milagrosa Hernández Moreno, a los 83 años de edad. Vivía en Montaña de Gáldar. Estaba casada con Juan Antonio González Padrón, un hombre pacífico y simpático. Tuvieron cinco hijos: Juan Jesús, Paqui, Antonio, María del Mar y Roberto. Empezó a trabajar a los 16 años en la casa parroquial de Gáldar, siendo párroco don Francisco Hernández Benítez, que vivía con su madre Dolores y su hermana Cesárea. Además de las labores de limpieza y lavado de ropa, aprendió a cocinar. Tuvo una dolorosa experiencia que marcó su vida. Una mañana, don Francisco la llamó y le dijo: «Milagrosa vete deprisa a buscar al médico que me encuentro muy mal, pero no se lo digas a mi madre; a mi hermana sí». Salió inmediatamente a la consulta de Don José Martinón, el médico de la ciudad. Le dijeron que había ido a La Montaña a visitar a un enfermo. En efecto, allí lo encontró y le informó de la noticia. Don José examinó al cura y vio que su estado era grave. Llamó al cardiólogo de la clínica de San Roque don José Ramón Pérez García, quien a las pocas horas llegó a Gáldar. El pronóstico era muy grave. A pesar de la medicación que se le recetó, don Francisco falleció al día siguiente, estando presente Milagrosa que lo cuidaba. La madre y hermana de don Francisco se trasladaron a Telde, donde era párroco el hermano de don Francisco, don Pedro. Milagrosa se quedó sin empleo, pero al poco tiempo le contrataron en una empaquetadora.

El milagro de los panes y los peces

En el año 1981, fue nombrado párroco de Santiago de Gáldar don José Díaz Alemán. Asesorado por algunos compañeros llamó a Milagrosa para que fuese la cocinera de la casa parroquial y ama de llaves. Ella aceptó con mucha satisfacción. Pepe Díaz era un sacerdote que fomentaba la fraternidad entre los sacerdotes e invitó a los compañeros de la zona a comer en la casa parroquial. Todos los días laborables nos reuníamos al mediodía en la mesa con Pepe, Gonzalo, vicario episcopal del centro norte, Pedro Monzón, párroco de la Montaña, el burgalés Florentino y yo, párrocos de San Isidro, aunque yo atendía preferentemente Sardina del Norte. Algunos años acudieron también los profesores de religión Berto y Juan Miguel. Con frecuencia venía Roberto, el hijo menor de Milagrosa. Y en ocasiones, Pepe invitaba a algún compañero de otras parroquias. Milagrosa era afable y servicial. Nunca se apuraba. Todo estaba preparado a la hora de la comida. Yo le solía decir: «Milagrosa, usted hace todos los días el milagro de la multiplicación de los panes y peces. Por eso, le pusieron el nombre de Milagrosa.», Hay que resaltar que aquella comida de compañeros de ministerio, fue motivo para que entre nosotros se acrecentase nuestra amistad y fraternidad cristiana y ministerial, organizando encuentros de oración y de reflexión pastoral, visitas a los sacerdotes enfermos o jubilados y los paseos de los lunes, en los que íbamos a comer a la costa o al campo. A estos encuentros se unían otros sacerdotes de la zona, como Pepe Reyes, Don Blas, párroco de Agaete, Pancho López, Juan Marrero y Manuel Reyes, que venía desde La Aldea. En el año 2004, don José Díaz se jubiló y Milagrosa se dedicó a las tareas familiares. Sin duda, aquellos años fueron para mí y mis compañeros una experiencia fraterna inolvidable y difícilmente mejorable. ¡Gracias Milagrosa por tu bondad y entrega maternal! ¡No te olvidaremos! ¡Que descanses en la paz del Señor!